



Sacerdocio y sacrificio de Cristo

1. Después de haber presentado en Hebreos 4,15-16 a Cristo sumo sacerdote misericordioso, el autor, al inicio del cap. 5 nos hace meditar sobre la naturaleza del sacerdocio y sobre su actuación en Cristo. Los primeros 4 versículos de este capítulo son una descripción del sacerdocio aparentemente general, pero en realidad es una descripción orientada, es decir, precisada en el sentido de la solidaridad y, a partir del versículo 5, aplica al caso particular de Cristo esta perspectiva.

La descripción del sacerdocio comprende tres elementos sucesivos: el primero tiene que ver con la doble relación del sumo sacerdote con los hombres y con Dios; el segundo precisa sobre su relación con los hombres pecadores; el tercero ofrece una precisión sobre las relaciones con Dios.

La definición muestra sobre todo que el sacerdote es mediador entre los hombres y Dios e insiste especialmente en la solidaridad entre el sacerdote y los hombres según la perspectiva de la misericordia. Es una definición característica de la doctrina del autor y de la perspectiva del NT.

En el AT se trataba de ser sacerdotes para Dios: «*Manda acercarse a Aarón y a sus hijos para que sean sacerdotes para mí*» (Ex 28,1; 29,1). Aquí el autor dice: «*Cada sumo sacerdote, tomado de entre los hombres, viene constituido para los hombres en las cosas que se refieren a Dios*».

El autor insiste en un doble vínculo de solidaridad que une al sacerdote y a los hombres: un vínculo de origen (el sacerdote es tomado «de entre los hombres») y un vínculo de finalidad (viene constituido «para los hombres»).

Después se expresa el otro lado de la mediación: la relación del sacerdote con Dios: «*es constituido en las cosas que se refieren a Dios*». Para el AT este aspecto era prácticamente el único.

El autor precisa que esta mediación se ejercita en el ofrecimiento de los dones y sacrificios por los pecados, de modo que quite el obstáculo que separa al pueblo de Dios.

En la mediación sacerdotal hay tres movimientos sucesivos: un movimiento de subida hacia Dios con el ofrecimiento de sacrificios; un tiempo de encuentro con Dios; y finalmente un descendimiento, para llevar al pueblo los dones obtenidos de Dios.

El autor habla aquí sólo del movimiento de subida, es decir el ofrecimiento de los sacrificios para superar el obstáculo que separa al pueblo de Dios.

Después de esto, él insiste ulteriormente sobre la solidaridad del sumo sacerdote con los hombres. Explica que el sumo sacerdote está en grado de «*sentir justa comprensión*» por aquellos que están en la ignorancia y en el error, estando también él revestido de debilidad.

Las traducciones hablan a menudo aquí de «compasión», pero no son exactas. La palabra griega no es la que significa compasión, sino una que habla de sentimientos moderados (*metriopathéin*). Esta diferencia manifiesta cómo el autor es consciente que en el AT la compasión no era una característica del sacerdocio, pero la comprensión debía existir porque el sumo sacerdote estaba en la misma situación de los pecadores.

El sacerdote debe tener comprensión por aquellos que están en la ignorancia y en el error. Ignorancia y error son dos términos que tienden a atenuar la culpa.

El AT distinguía claramente entre dos categorías de pecados: aquellos en los que se cae por ignorancia o por inadvertencia y aquellos cometidos «a mano alzada», es decir transgresiones cometidas con pleno conocimiento de causa, en abierta rebelión (cf Nm 15,29-30).

Para esta segunda categoría de pecados no estaba prevista la expiación sacrificial, sino que a quien se rebelaba abiertamente contra Dios debía ser condenado a muerte. Sin embargo para la primera categoría se podía y se debía hacer la expiación.

En el NT se tiende sin embargo a hacer entrar todos los pecados en la primera categoría, sosteniendo que, en el fondo, el pecador no es nunca consciente del todo de la gravedad de su pecado, como nos hacen comprender las palabras de Jesús en el momento mismo de su crucifixión, el pecado más horrendo: «*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*» (Lc 23,34). Y también Pedro, en uno de sus primeros discursos dice a los Judíos: «*Hermanos, yo se que habéis actuado por ignorancia, como también vuestros jefes*» (Hech 3,17).

El sumo sacerdote está en grado de sentir comprensión por los hombres pecadores, en cuanto que comparte la condición de debilidad, que en el AT incluye

también el pecado y aquí el autor se refiere a los pasajes del AT que hablan de sacrificios por los pecados del mismo sumo sacerdote.

Refiriéndose en cambio a Cristo en los versículos 5 y siguientes, el autor ya no habla de pecado, sino solamente de debilidad que se manifiesta en las oraciones y súplicas con fuertes gritos y lágrimas.

2. Después de haber indicado el aspecto de solidaridad entre el sumo sacerdote y el pueblo, el autor hace una precisión sobre la relación del sumo sacerdote con Dios; éste es el tercer elemento de la descripción: *«Un hombre no puede atribuirse a sí mismo este honor, sino que es nombrado por Dios, como Aarón»*.

El autor no niega el aspecto glorioso del sacerdocio, habla de honor, pero su frase subraya la humildad necesaria para acceder al sacerdocio. El sacerdocio no es una conquista humana, es un don que depende completamente de la iniciativa de Dios y es necesario recibir este don con humildad, sin buscar la propia glorificación.

Efectivamente el primer sumo sacerdote, Aarón, no se nombró a sí mismo sumo sacerdote, sino que fue elegido y nombrado por Dios. Un episodio del libro de los Números (cap. 16) inculca con fuerza esta condición de base, no pretender para sí el sacerdocio, sino solamente aceptarlo si Dios lo confiere. Es el episodio de Coré y de sus cómplices que querían disponer para sí mismos del sacerdocio. La respuesta de Dios fue clara y tremenda: con dos signos milagrosos, el de los incensarios y el de los bastones, Dios hizo conocer quién era el verdadero consagrado, después exterminó a los ambiciosos.

Todo esto nos hace comprender que ya en el AT existía el conocimiento de que el sacerdocio no puede ser conquistado por el hombre para alzarse por encima de los otros, sino que es un don de Dios que se recibe con humildad.

3. En toda esta descripción el autor permanece fiel a la perspectiva de la solidaridad del sacerdote con los otros hombres delante de Dios. Él pasa después a considerar el caso particular de Cristo. También esta descripción comprende tres elementos sucesivos que corresponden a la descripción precedente, pero en sentido inverso.

La primera afirmación concierne a la humildad de Cristo, la no auto-glorificación de Cristo. Dice el autor literalmente: *«De igual modo Cristo no se glorificó a sí mismo para llegar a ser sumo sacerdote, sino que fue nombrado por aquél que le dijo: 'Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy', como también dice en otro pasaje: 'Tu eres sacerdote para siempre a la manera de Melquisedec'»* (5,5-6).

El sacerdocio de Cristo no ha sido fruto de la ambición, no ha sido obtenido con una auto-glorificación, sino al contrario con una humillación voluntaria, como se explica inmediatamente después.

Cristo ha sido proclamado sacerdote por Dios después de su consagración sacerdotal que ha consistido en la solidaridad más completa con los hombres, por docilidad hacia Dios, hasta la muerte. Ésta es la novedad de su sacerdocio.

El autor describe, por tanto, el modo en el que Cristo ha llegado a ser sumo sacerdote distanciándose de la perspectiva común de los teólogos que ponen el sacerdocio de Cristo en el momento de la encarnación. Para el autor de la carta a los Hebreos Cristo ha llegado a ser sacerdote por medio de su pasión.

Estaba ya destinado desde el primer momento a este sacerdocio, pero el momento en el que lo ha obtenido ha sido la pasión: «*Cristo en los días de su carne, habiendo ofrecido peticiones y súplicas con fuertes gritos y lágrimas al que lo podía liberar de la muerte, fue escuchado por su piedad, y aun siendo hijo aprendió por los padecimientos la obediencia y así llegó a la perfección (...) fue proclamado sumo sacerdote*» (5,7-10).

En estos versículos se evoca un ofrecimiento dramático, el tono de la descripción es muy diverso del precedente; de didáctico como era al inicio – una definición-, se transforma en dramático. La pasión de Jesús se presenta como un ofrecimiento, un sacrificio y, al mismo tiempo, como una súplica. La expresión: «*en los días de su carne*» indica la debilidad del hombre, su fragilidad. Cristo que es hijo de Dios, como dice Pablo a los Filipenses, «*no ha considerado un tesoro codiciado su igualdad con Dios, sino que se despojó de sí mismo*» (2,6-7).

El autor nos muestra que Jesús se ha hecho verdaderamente solidario con nosotros pecadores ante Dios. En Getsemaní Él vive una situación de angustia dramática que lo hace rogar y suplicar a quien lo puede liberar de la muerte; no sólo rogar y suplicar, sino también gritar y llorar. El autor se refiere evidentemente a toda la pasión de Jesús, no sólo a la agonía. Él recuerda también el grito de Jesús en la cruz.

4. La actitud de Jesús durante la pasión viene presentada al mismo tiempo como una petición y como un ofrecimiento.

Esto es paradójico. Normalmente ofrecimiento y petición vienen contrapuestas; sin embargo inesperadamente la pasión de Jesús se convierte en ocasión de un ofrecimiento de petición: «*Jesús ofreció peticiones y súplicas*».

El verbo griego es precisamente «ofrecer», aunque a veces las traducciones atenúan, porque la expresión es extraña.

Efectivamente, en una oración auténtica, estas dos actitudes deben siempre ir juntas. Cuando pedimos una gracia, debemos también ofrecer a Dios nuestra disponibilidad. No podemos imponer a Dios nuestro modo de ver, exigiendo que él intervenga según nuestras indicaciones. Debemos dejarle a él la libertad de elegir la solución. Así hizo Jesús.

Por otra parte, cuando ofrecemos algo a Dios, debemos pedir humildemente que Dios santifique nuestro ofrecimiento, ponga su gracia en ello, lo transforme, de otra manera nuestro ofrecimiento no tendría valor. Por tanto nuestros ofrecimientos vienen hechos con actitud de petición y nuestras peticiones con actitud de ofrecimiento. En su agonía Jesús oró al Padre con una actitud de ofrecimiento. Lo vemos en el relato de la agonía escrito por Mateo (Mt 26,39-42). En el curso de la oración se da una transformación. Al inicio Jesús pide ser preservado: «*Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz*», pero en el mismo momento expresa un profundo deseo de conformidad a la voluntad del Padre: «*pero, no como quiero yo, sino como quieres tú*», y, en esto, su petición tiene un aspecto de ofrecimiento.

Después de haber rezado largamente, Jesús cambia el contenido de su petición ya; no pide que se aleje de él el cáliz, sino que pide solamente que se haga la voluntad del Padre: «*Padre mío, si este cáliz no puede pasar ante mí sin que yo lo beba, que se haga tu voluntad*».

Ésta es la nueva petición la cual en realidad lleva a la concesión también de la precedente, de la petición de salvación.

Jesús ha sido escuchado, dice el autor, es decir ha sido efectivamente liberado de la muerte, pero a la manera querida por el Padre. No ha sido preservado de la muerte, ha debido pasar a través de ella para obtener la victoria definitiva y completa sobre ella con su resurrección.

Por esto el autor puede afirmar que Cristo, habiendo ofrecido oraciones y súplicas, «*fue escuchado por su piedad*».

Lo que hace posible la concesión de una oración de petición es una actitud profunda de respeto hacia Dios; una actitud que hace auténtica la oración y abre el alma a la acción de Dios.

5. El autor prosigue: «*y aun siendo hijo aprendió por los padecimientos la obediencia*». En estas palabras se expresa el misterio más profundo de la redención.

En el texto griego ésta es la afirmación principal. Cristo ha sido escuchado y el primer aspecto de este ser escuchado ha sido que ha aprendido la obediencia y así ha sido hecho perfecto y proclamado sumo sacerdote.

Todo esto parece paradójico. En realidad, si consideramos en profundidad nuestra vida espiritual, nos damos cuenta que el don primordial de nuestras ora-

ciones consiste en la unión de nuestra voluntad con la de Dios, porque el amor no existe sin la unión de la voluntad.

La afirmación que Jesús en la pasión aprendió la obediencia es sorprendente. Ciertamente Jesús no ha sido jamás desobediente al Padre; el autor en el cap. 10 subraya que *«entrando en el mundo, Cristo dice: Tú no has querido ni sacrificio ni ofrenda, pero me has preparado un cuerpo. No te agradaron ni holocaustos ni sacrificios por el pecado. Entonces he dicho: ¡he aquí que vengo, porque de mí está escrito en el rollo del libro, para hacer, o Dios, tu voluntad! (10,5-7).*

Pero es necesario hacer una distinción: por una parte esta disposición previa a la obediencia y por otra la virtud de la obediencia adquirida a través de las pruebas. Por nuestra naturaleza humana son en verdad dos cosas muy diversas. Sólo quien afronta y supera las pruebas más dura adquiere, en todas las fibras del propio ser, la virtud de la obediencia. Primero puede tener una disposición a la obediencia, pero no todavía la virtud probada.

Es una ley de nuestra naturaleza humana y Jesús ha aceptado esta ley. Él no tenía necesidad por sí mismo de esta educación dolorosa (el autor dice que la tuvo *«aun siendo hijo»*), pero ha tenido necesidad por nosotros, para podernos comunicar una profunda docilidad a Dios.

6. Por otra parte, su obediencia ha sido sobreabundante en el sentido que Cristo aceptaba una suerte que no merecía en absoluto; y así esta obediencia puede derramarse sobre nosotros.

Aquí podemos captar mejor el significado de la encarnación y de la redención. Jesús ha asumido nuestra naturaleza humana en su estado de decadencia debida al pecado, ha asumido la condición de siervo, dice Pablo (Flp 2,7), y ha venido en una carne igual a la del pecado (Rm 8,3). Ha asumido esta naturaleza humana nuestra para transformarla, para convertirla de nuevo perfectamente conforme al proyecto de Dios. Éste es el verdadero modo de comprender el significado de la redención. Las otras explicaciones resultan insuficientes. El hijo de Dios se ha hecho hombre para recibir en sí la transformación necesaria de la naturaleza humana. No necesaria para él, sino necesaria para nosotros.

Con una generosidad estupenda, Cristo ha aceptado sufrir en nuestro lugar y en nuestro favor la educación dolorosa que nos era indispensable, y por eso *«hecho perfecto se convirtió en causa de salvación eterna para todos aquellos que le obedecen, habiendo sido proclamado por Dios sumo sacerdote a la manera de Melquisedec»*.

Ésta es la conclusión triunfal de la pasión de Cristo; el punto decisivo es la transformación de Cristo mismo: *«ha sido hecho perfecto»*.

El autor tiene la audacia de decir esto, y nosotros lo debemos comprender profundamente.

Esta transformación ha consistido en una renovación radical de la naturaleza humana, que la ha adecuado a la perfecta comunión con Dios en la gloria celeste.

Reflexionando sobre este pasaje tan profundo, podemos llegar a comprender mejor el misterio de la misericordia divina, de la misericordia sacerdotal de Cristo.

Comprendemos que Jesús se ha puesto verdaderamente de nuestra parte, ha asumido nuestra naturaleza humana con sus debilidades para transformarla desde dentro y darnos la posibilidad de reencontrar la relación filial con Dios.

Cristo nos invita a acoger su misericordia por nosotros mismos y por otra parte nos da el encargo de comunicar esta misma misericordia a todas las personas que se nos confían.

7. Prosigamos nuestra meditación sobre el ofrecimiento de Cristo que comprende la pasión y resurrección y veamos su relación con el Espíritu Santo, gracias a una frase de la carta a los Hebreos.

En 9,13-14 el autor da cuenta de la eficacia de la sangre de Cristo con un largo párrafo:

«Si la sangre de los machos cabríos y de los toros y las cenizas de una becerra esparcidas sobre los que están contaminados los santifican, purificándolos en la carne, ¡cuanto más la sangre de Cristo, el cual con Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de las obras muertas, para servir al Dios viviente! Por eso él es mediador de una nueva alianza».

Este trozo muy rico desde el punto de vista doctrinal, nos permite profundizar el misterio de la pasión y de la glorificación de Cristo; nos hace comprender cómo la sangre derramada de Cristo se ha transformado en la sangre de la Nueva Alianza, porque ha sido expresión de ofrecimiento personal, perfecto, hecho bajo el impulso del Espíritu Santo.

En el culto antiguo se ofrecían dones y sacrificios externos, cadáveres de animales inmolados, que no podía fundar una alianza, porque eran incapaces de tener un influjo real sobre la conciencia de las personas.

Cristo en cambio se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, bajo el impulso del Espíritu Santo. Su sacrificio ha sido un ofrecimiento personal y no un ofrecimiento externo, un ofrecimiento de toda la persona, de todo el propio ser humano. Diciendo que Cristo se ofreció a sí mismo, el autor muestra que Cristo no ha sido simplemente una víctima pasiva, sino que ha sido un sacerdote activo.

Ofrecerse a sí mismo completa el aspecto de sumisión expresado en el cap. 5 cuando el autor dice que «*aprendió la obediencia*». Jesús no se conformó jamás con una aceptación pasiva de la voluntad de Dios; en toda su vida se mostró lleno de iniciativa, afrontando las dificultades y emprendiendo con ánimo el camino de Jerusalén.

El sumo sacerdote antiguo no podía ofrecerse a sí mismo, Jesús lo ha podido.

El sacerdote antiguo no era digno y no era capaz. No era digno porque era pecador, debía ofrecer para sí mismo los animales inmolados; no podía ser él una víctima agradable a Dios, porque las condiciones eran que la víctima fuese «sin mancha». Lo dice varias veces el Levítico.

Por otro lado no era capaz de ofrecerse a sí mismo, porque, siendo pecador, no tenía en sí la perfección del amor necesaria para levantarse a sí mismo hasta Dios. Jesús en cambio ha sido víctima digna y sacerdote capaz al mismo tiempo: víctima digna porque tenía una perfecta integridad moral y religiosa, era «sin mancha», santo, inocente; y ha sido sacerdote capaz en cuanto que estaba lleno de la fuerza del Espíritu Santo: «*Con Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios*».

Esta frase muy densa expresa los aspectos principales del ofrecimiento de Cristo.

La novedad que encontramos aquí consiste en el papel atribuido al Espíritu en el ofrecimiento de Cristo.

8. Los evangelios mencionan a menudo al Espíritu Santo en relación a Jesús, sobre todo en su concepción, después en el bautismo, en el curso de su ministerio, pero no hablan a propósito de la pasión. Sin embargo la Carta a los Hebreos dice que el misterio pascual de Cristo ha sido un misterio cumplido bajo el impulso del Espíritu Santo.

Es verdad que el autor no dice «Espíritu Santo» sino «Espíritu eterno», una expresión única en toda la Biblia. Se han propuesto para esto diversas interpretaciones, pero la única interpretación verdaderamente coherente es la propuesta por los Padres griegos según la cual «Espíritu eterno» es otro modo de designar al Espíritu Santo. Sólo Dios es eterno, por eso el Espíritu eterno es el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo. Los que han copiado el NT han sustituido a menudo «Espíritu eterno» con la fórmula habitual «Espíritu Santo».

Cristo por tanto se ha ofrecido a sí mismo con la fuerza del Espíritu Santo. El adjetivo «eterno» no ha sido elegido sin motivo; con ello el autor quiere expresar el valor del ofrecimiento de Cristo, realizado para obtenernos una redención eterna, es decir definitiva (9,12); hecha para darnos la heredad eterna (9,15); para fundar una alianza eterna (13,20). Sólo la potencia del Espíritu eterno

podía comunicar a Cristo el empuje necesario para realizar un ofrecimiento de tan gran eficacia, un ofrecimiento capaz de fundar una alianza verdaderamente nueva y definitiva.

En este fragmento el evento del Calvario se contrapone implícitamente a los ritos del AT definidos, en 9,10, ritos de carne establecidos provisionalmente.

¿Qué significado tiene entonces desde esta luz la mención del Espíritu Santo?

San Juan Crisóstomo nos dice que el autor ha querido sugerir que el Espíritu Santo ha tomado el lugar del fuego en los sacrificios antiguos, y esto es muy sugestivo y es también fuente de inspiración para nuestra vida espiritual.

¿Cuál es la función del fuego en el culto antiguo? El problema del culto del AT, podemos definirlo como un problema de «ascensión», es decir, cómo hacer subir una ofrenda hasta Dios.

Para tal fin se empleaba el fuego en el altar. Por medio del fuego las víctimas se transformaban en humo, que salía hacia el cielo hasta Dios y Dios respiraba el perfume de los sacrificios. Ésta era la imagen, y la encontramos a propósito del sacrificio de Noé, del cual Dios olió la «suave fragancia» (Gn 8,30-31).

El concepto se recoge en el NT y en la liturgia. En la carta a los Efesios leemos: «*Caminad en el amor como también Cristo nos ha amado y se entregó por nosotros, ofreciéndose a Dios en sacrificio de suave fragancia*» (5,2). Según la mentalidad del AT, por tanto, el fuego confiere a la ofrenda la fuerza ascensional necesaria para alcanzar a Dios.

9. La Biblia precisa que no cualquier fuego puede servir para este fin. Para que una ofrenda pueda subir verdaderamente hasta Dios, se necesita un fuego que haya descendido de Dios. Sólo un fuego que ha bajado de Dios es capaz de volver a subir al cielo llevando consigo la víctima ofrecida.

San Juan tiene una frase que tiene valor en este sentido: «*Nadie ha subido jamás al cielo a no ser el que bajó del cielo*» (Jn 3,13).

El libro del Levítico nos recuerda que el culto sacrificial del pueblo de Dios se había iniciado por medio de un fuego venido de Dios. En el momento de la inauguración del culto sacerdotal, al final de los sacrificios de consagración del sumo sacerdote «*un fuego salió de la presencia del Señor y consumió sobre el altar el holocausto y las grasas*» (Lv 9,24).

Un evento análogo viene referido con ocasión de la dedicación del templo por parte de Salomón. Según el 2º libro de las Crónicas «*apenas Salomón hubo terminado de orar, vino del cielo el fuego que consumió el holocausto y las otras víctimas, mientras la gloria del Señor llenaba el Templo* (2 Cr 7,1). Así se estaba seguro de la validez de los sacrificios.

La Biblia da la prescripción de conservar cuidadosamente el fuego venido del cielo; según el Levítico (6,6) el fuego debía conservarse siempre encendido sobre el altar, sin jamás dejarlo apagar, era siempre el mismo fuego venido del cielo que servía para las ofrendas de los sacrificios.

El segundo libro de los Macabeos (1,19-36) nos presenta en esta línea un relato instructivo y también un poco divertido. Cuando los israelitas debieron ir al exilio, algunos sacerdotes tomaron el fuego sagrado que se conservaba sobre el altar del Templo y lo escondieron en un pozo seco, para que no fuera profanado. Cuando volvieron del exilio, muchos años después y pudieron recomenzar el culto, se cuenta que Nehemías envió a los descendientes de aquellos sacerdotes que habían escondido el fuego, a buscarlo. Ellos le contaron que en el pozo no habían encontrado el fuego, sino un agua grasienta. El fuego se había transformado en agua. Entonces él *«les mandó sacarla y traerla; después fueron llevadas las ofrendas para los sacrificios y Nehemías mandó que fuesen asperjadas con aquella agua grasienta la leña y todo lo que estaba encima. Así se hizo y pasado un poco de tiempo, el sol que antes estaba cubierto de nubes, comenzó a resplandecer y se encendió una gran hoguera, ante la maravilla de todos»*. El agua se había vuelto a transformar en fuego.

Así, según este relato, se aseguraba la continuidad del fuego del altar antes del exilio y después.

La conclusión nos hace comprender que la así llamada «agua grasienta» en realidad era nafta, petróleo crudo. El versículo 36 refiere de hecho que los compañeros de Nehemías llamaron a este lugar «Nefar», que significa «purificación», pero la mayoría lo llaman «Neftai».

10. Este relato, como toda la tradición del AT, contiene en realidad una intuición profunda en cuanto a la naturaleza del sacrificio. Sacrificar no está al alcance del hombre, sino que es una acción divina; hacer sagrada una ofrenda, sólo Dios lo puede hacer. Para ofrecer un sacrificio no bastan los medios terrenos, ni siquiera el fuego encendido por un hombre; se necesita un medio celeste, un fuego que venga de Dios mismo.

El hombre no está capacitado para sacrificar, para convertir algo en sagrado, puede solamente presentar la ofrenda. Sólo Dios la puede convertir en sagrada, poniendo en ella su fuego divino.

Esta intuición muy válida permanecía imperfecta, porque el fuego divino era concebido de modo material, como el rayo que cae del cielo.

El autor en la carta a los Hebreos superó esta concepción imperfecta y, reflexionando sobre la pasión de Jesús, descubrió el verdadero significado del símbolo.

El fuego de Dios no es el rayo que cae de las nubes, sino el Espíritu Santo, «*Espíritu de santificación*», dice Pablo (Rm 1,4). El Espíritu es el único capaz de efectuar la verdadera transformación sacrificial, es decir, de hacer pasar la ofrenda a la esfera de la santidad divina.

Ninguna fuerza material, ni siquiera la del fuego, es capaz de hacer subir verdaderamente una ofrenda hasta Dios, porque no se trata de hacer un viaje en el espacio, sino de obtener una transformación interior.

Para acercarse a Dios el hombre no tiene necesidad de un movimiento exterior, sino de un cambio interior, de una transformación del corazón; transformación hecha posible y efectiva sólo por el Espíritu Santo: «*Os daré un corazón nuevo, os daré un Espíritu nuevo*» (Ez 36,26).

El sacrificio de Cristo, por tanto, no ha venido por medio del fuego que ardía continuamente sobre el altar del templo, sino por medio del Espíritu eterno.

Éste es el secreto del dinamismo interno de su ofrenda. En cuanto que estaba animado por la fuerza del Espíritu Santo, Jesús ha tenido el arrojío interno necesario para transformar la propia condena a muerte en ofrenda de sí mismo a Dios a favor de todos.

Esta fuerza espiritual ha realizado la verdadera transformación sacrificial, haciendo pasar la naturaleza humana de Cristo del nivel terreno, es decir del nivel de la sangre y de la carne en el que él se encontraba en virtud de la encarnación, al nivel de la definitiva unión con Dios en la gloria celeste.

Como afirma Juan, Jesús ha «*pasado de este mundo al Padre*» (cf Jn 13,1) no con un viaje espacial, sino con una transformación, una santificación. Jesús mismo en el cuarto Evangelio dice: «*por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad*» (Jn 17,19). Se podría traducir: «Por ellos me sacrifico a mí mismo», porque «santificar» y «sacrificar» son dos términos equivalentes.

Es importante que nosotros comprendamos que esta idea de sacrificio y de ofrenda es una idea positiva, de santificación por medio del Espíritu Santo.

En vez de pararnos en el aspecto de la privación o del dolor debemos volver toda nuestra atención al aspecto de transformación positiva. Si el Señor nos pide una ofrenda, no es para enriquecerse a sí mismo. Él no tiene necesidad de nuestras ofrendas, como ya declara el AT. Si nos pide una ofrenda es para comunicarnos su santidad, para transformarnos y elevarnos en el amor, colmándonos de su amor, de su Espíritu de amor. Debemos comprender que con nuestras solas fuerzas no somos capaces de realizar un verdadero sacrificio, sino que podemos solamente presentar nuestra ofrenda, pidiendo al Señor el transformarla radicalmente gracias a la fuerza del Espíritu Santo.

11. ¿Cómo podemos obtener tal fuerza? ¿Cómo la obtuvo Jesús? Para responder a esta pregunta, debemos volver al fragmento del cap. 5 de la carta a los Hebreos, que nos ofrece otra descripción de la ofrenda de Cristo, una descripción más existencial.

Ya hemos leído este pasaje: «Cristo en los días de su carne ofreció peticiones y súplicas con fuertes gritos y lágrimas al que lo podía liberar de la muerte, y fue escuchado por su piedad» (Heb 5,7).

Mientras el cap. 9 se limita a decir que Cristo se ofreció a sí mismo, en el cap. 5 se dan diversos particulares: vemos a Jesús en una situación angustiada y vemos que esta situación suscita en él un ofrecimiento de oración intensa, con fuertes gritos y lágrimas.

Jesús se encontraba «en los días de su carne», es decir, el autor muestra que Jesús no ha comenzado por una situación ya plenamente espiritual. La ofrenda no ha tenido un punto de partida fácil, sino un punto de partida humilde y penoso. Cristo había asumido nuestra carne, es decir, nuestra naturaleza frágil, débil, mortal; por esto se encontraba en una situación tremendamente angustiada. En esta situación él rezó intensamente y así abrió su ser humano al Espíritu Santo que le dio la fuerza de superar la angustia y de ofrecerse a sí mismo.

Para obtener el Espíritu Santo que transforma nuestras ofrendas, es indispensable seguir el ejemplo de Cristo y orar con intensidad. A fin de cuentas cada oración tiene este fin, el obtener el Espíritu Santo, el abrir nuestro ser humano a la acción transformadora del Espíritu de Dios. La escucha de parte de Dios consiste siempre en dar el Espíritu de una manera u otra.

En el Evangelio de Lucas hay una declaración de Jesús que va en este sentido: «Si vosotros que sois malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuanto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que le rezan» (Lc 11,13).

No se debe traducir, como sin embargo se hace habitualmente, «a los que se lo piden». El texto griego dice claramente «a los que le rezan»; le rezan para pedir otras cosas, pero Dios da el Espíritu Santo. Dios no se conforma jamás con darnos cosas materiales, sino que transforma nuestra situación con el don de su Espíritu y cada oración nuestra debe ser una ofrenda de nosotros mismos a la acción de Espíritu, precisamente para permitir a Dios el escucharnos.

12. El pasaje del cap. 5 de la carta a los Hebreos nos permite apreciar dos aspectos de la acción del Espíritu Santo en Jesús en respuesta a su oración intensa.

El primer aspecto es el de la docilidad hacia Dios, el segundo aspecto es el de la solidaridad fraterna con los hombres.

El Espíritu Santo produce estos dos frutos que son dos formas de amor: docilidad hacia Dios, solidaridad con los hermanos.

El primer resultado de la oración de Jesús fue que *«él aprendió la obediencia por los padecimientos»* (Heb 5,8). De por sí, el sufrimiento no provoca un movimiento de docilidad, sino un movimiento de repugnancia y de rechazo. El hombre que sufre está tentado de rebelarse contra Dios. Sólo si viene afrontado en la oración, el sufrimiento se convierte en ocasión de transformación positiva por obra del Espíritu Santo. Durante su pasión Jesús ha sido conducido por el Espíritu Santo a una nueva perfección de obediencia, a una adhesión perfecta de su naturaleza humana a la voluntad salvífica de Dios. Esto nos hace comprender toda la seriedad de la encarnación y de la redención.

A este aspecto de docilidad hacia la voluntad salvífica de Dios, va unido el otro aspecto de solidaridad con los hermanos; Cristo ha sido solidario con nosotros hasta el extremo, ha tomado sobre sí la suerte de los peores pecadores. Todo el pasaje, a partir de 4,15 hasta 5,10 está dominado por el tema de la misericordia sacerdotal que hemos meditado ya: *«No tenemos un sumo sacerdote que no sepa compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido probado en todo como nosotros, menos en el pecado»*. La descripción de la ofrenda de Cristo se sitúa en esta perspectiva: participación en la situación dramática del hombre miserable.

Desde aquí podemos ver que el dinamismo del Espíritu Santo se ha manifestado en la Pasión de Jesús de dos modos estrechamente conectados: por una parte la adhesión perfecta a la voluntad salvífica del Padre y por otra la solidaridad completa con nosotros miserables. Y esto hasta la muerte.

Es fácil reconocer en este doble dinamismo la doble dimensión del amor evangélico: dimensión vertical del amor hacia Dios, dimensión horizontal del amor hacia el prójimo; doble dimensión de la Nueva Alianza que nos pone en comunión con Dios y con los hermanos.

La acción del Espíritu de Dios en la Pasión de Cristo ha consistido, por tanto, en llenar el corazón humano de Jesús de toda la fuerza de la caridad divina, y así transformar la muerte sufrida injustamente en ofrenda generosa para el bien de todos.

El fuego divino que ha transformado esta muerte en *«sacrificio de suave fragancia»* no ha sido otro que el fuego de la caridad o del Espíritu Santo (cf Ef. 5,2: *«Cristo nos ha amado y se ha entregado a sí mismo por nosotros ofreciéndose en sacrificio de suave olor»*).

Por esta razón, la sangre de Cristo es capaz de *«purificar nuestra conciencia de las obras muertas para servir al Dios viviente»* (Heb 9,14).

La sangre de Cristo tiene esta doble eficacia: tiene la capacidad de purificar de los pecados y por otra parte nos pone en situación de servir a Dios de modo perfecto.

13. Profundicemos finalmente la relación entre la sangre de Cristo y el Espíritu que este pasaje expresa.

Sabemos que la sangre era sagrada para la mentalidad antigua, porque significaba la vida. La Biblia nos enseña que en la sangre está el *nefesh*, el principio vital, el soplo de vida (Lv 17,11).

Un pasaje de la Biblia (Deut 12,23) llega a decir que la sangre misma es el *nefesh*, el principio vital.

Esta asociación entre sangre y soplo de vida se fundamenta en algunas observaciones elementales.

En el momento en que es vertida, cuando está todavía caliente, la sangre emite una especie de vapor; de soplo; por otra parte, quien pierde toda la sangre pierde el soplo, deja de respirar, muere.

La ciencia moderna ha confirmado esta intuición con el descubrimiento de la función oxigenante de la sangre. La sangre tiene una relación muy estrecha con el soplo vital; para vivir tenemos necesidad que el aire que respiramos entre en nuestra sangre, enriqueciéndola de oxígeno. La sangre entonces transporta el oxígeno a todas las células del cuerpo.

Hay, por tanto, una estrecha relación entre soplo y sangre, o entre espíritu y sangre, porque en hebreo la misma palabra *ruah*, significa soplo y espíritu: el Espíritu de Dios y el soplo de Dios son expresiones equivalentes.

Estos elementos son retomados y profundizados por el autor de la carta a los Hebreos, el cual nos muestra la estrecha relación entre sangre de Cristo y Espíritu Santo.

En este caso, sin embargo, no se trata ya de un fenómeno biológico, sino más bien de una realidad espiritual. Como nosotros aspiramos el aire para oxigenar nuestra sangre y hacerla capaz de vivificar todo nuestro cuerpo, así Cristo en su Pasión, por medio de una oración intensa, ha «aspirado» el Espíritu Santo. Para vencer el miedo a la muerte, Él ha rezado, suplicado y ha recibido el Espíritu Santo, el cual ha entrado en Él y lo ha empujado a ofrecer la propia vida, la propia sangre, en una entrega de amor. Podemos decir que, en la Pasión, la sangre de Cristo se ha embestado de Espíritu Santo, adquiriendo una nueva potencia de vida que pone en comunión con Dios y con los hermanos y nos hace así vivir en la Nueva Alianza, es decir en la perfecta docilidad filial y en la perfecta solidaridad fraterna.

Embebida de Espíritu Santo, la sangre de Cristo se ha transformado, por su naturaleza humana, en el principio de vida espiritual que los ha hecho resurgir comunicándoles la vida nueva, la comunión con Dios (cf. 13,20: «*El Dios de la paz que ha hecho volver de los muertos al gran Pastor de las ovejas, en virtud de la sangre de una alianza eterna, nuestro Señor Jesucristo*»). Este texto de

la carta a los Hebreos nos abre por tanto perspectivas admirables que pueden nutrir una oración profunda: contemplamos a Cristo que en su Pasión abre su ser humano al Espíritu Santo por medio de una oración intensa. Pidamos la gracia de saberlo imitar.

14. Podemos finalmente recordar también otro pasaje de la carta a los Hebreos que habla de la ofrenda de Cristo y expresa su eficacia para nosotros.

En el cap. 10,12-17 el autor habla de nuevo de la oblación de Cristo y dice que con *«una única oblación Él ha hecho perfectos para siempre a los que vienen santificados. Esto lo atestigua el Espíritu Santo, porque después de haber dicho: 'Ésta es la alianza que yo estableceré con ellos después de aquellos días', el Señor dice: 'Yo pondré mis leyes en sus corazones y las imprimiré en sus mentes y no me acordaré de sus pecados y de sus maldades'»*.

Con una única ofrenda, Cristo ha obtenido dos efectos contemporáneos: por una parte ha sido hecho perfecto, como dice el autor en el cap. 5, por el Espíritu Santo; por otra parte nos ha hecho perfectos.

Porque Cristo ha aceptado su Pasión por nosotros, nosotros recibimos el fruto, la perfección, que consiste en el tener la ley de Dios inscrita en nuestros corazones.

La Nueva Alianza y el misterio de la redención consisten en el hecho de que Cristo, presentándose al Padre para hacer su voluntad, ha aceptado que la ley de Dios se inscribiera de manera nueva en el corazón humano.

Es por medio de Cristo como también nosotros somos perfeccionados, es decir, recibimos la ley de Dios en nuestros corazones, obedecemos a Dios con amor. Podemos afirmar que aquel corazón nuevo lleno de Espíritu Santo, que había sido prometido por Dios en el oráculo de Ezequiel: *«Os daré un corazón nuevo, pondré en vosotros un espíritu nuevo; os daré mi espíritu»* (Ez 36,26-27), aquel corazón nuevo es el corazón mismo de Cristo hecho nuevo en su Pasión.

Estamos invitados a acoger en nosotros este corazón nuevo, transformado por sus sufrimientos aceptados con amor y entonces seremos capaces de vivir plenamente la Nueva Alianza, con sus dimensiones inseparables de amor por Dios en la docilidad filial y de amor por los hermanos en la solidaridad generosa.

En la oración nos debemos abrir a este estupendo don de Dios con una gran confianza y con una intensa gratitud.

